

El Sínodo de América: preocupación y esperanza

EL Sínodo para las Américas terminó sus sesiones a mediados de diciembre. Ha votado y presentado al Papa sus conclusiones. De acuerdo con la legislación actual, corresponde exclusivamente al Papa hacerlas suyas en la medida y tiempo que estime conveniente. Dada la severidad con que se ha administrado la información sobre el desarrollo del Sínodo, sobre todo al principio, las reflexiones que aquí ofrecemos tienen un forzado carácter de provisionalidad.

No hay ningún Sínodo fácil. Aun así, se puede decir que éste sobre las Américas se podría clasificar entre los sínodos menos fáciles. Porque tenía que hacer frente a problemas sangrantes del presente, que arrastran un pesado lastre histórico. Y esto en una situación eclesial, también ella marcada por la incertidumbre. Nadie podrá negar a Juan Pablo II un ejemplar empeño por la evangelización, coraje en las decisiones y entrega personal para llevarlas a cabo. Pero tampoco se podrá ignorar, a pesar de los eufemismos rituales, que no estamos en la primavera de un pontificado sino en su otoño y que el clima que parece prevalecer en la Iglesia no es tanto el del encuentro animoso con los retos cuanto el de un cierto repliegue defensivo.

Los problemas y desafíos que se hacían en este momento provienen de la situación de todo el continente americano que, como es lógico, tienen su resonancia en el ámbito de la Iglesia.

El continente americano

NO es evidente que se pueda hablar, sin más, de América. Algunos encuentran más ajustado a realidad hablar de las Américas. Porque ese continente se nos fragmenta al menos en tres Américas: Norte, Centro y Sur, y cada uno de estos niveles geográficos nos abre el paso a una gran variedad de países, situaciones y problemas. El Papa ha querido que el Sínodo fuese de América, para no separar la historia del cristianismo en el Norte, en el Centro y en el Sur. A los ojos de los que aquí llegaron, hace quinientos años, las tierras aparecieron como una realidad unitaria. No se trata de contraponer sino de unir y por ello quiere el Papa tomar en consideración «el continente en su conjunto, desde Alaska a la tierra del fuego sin separar el Norte del centro y del Sur». Cierto es que, a renglón seguido, reconoce Juan Pablo II muy claramente que «las actividades de los colonizadores están hoy día muy diversificadas en el aspecto político y económico y esto tiene indudables repercusiones culturales y religiosas». Por ello tampoco se podrá ignorar que hay una América evangelizada por protestantes, y que hoy es rica, tecnológicamente avanzada y democrática y hay muchos países, del centro y del Sur, colonizados y evangelizados en su día por católicos, que hoy son pobres y no han alcanzado un alto nivel de desarrollo. A esta misma realidad hacía alusión Juan Pablo II en la Tertio millennio adveniente cuando hablaba de dos partes tan distanciadas, económica y socialmente, como el Norte y Sur, aunque las dos formen un solo continente.

Como reconocía el mejicano cardenal Sandoval, relator del Sínodo, el centro de atención y preocupación de esta

asamblea es la evangelización, «aunque trataremos de los problemas sociales que existen en el centro y el sur del continente, pero también en el norte, en cuya población no faltan bolsas de pobreza». Los documentos preparatorios han concedido especial atención a los problemas de la deuda externa, el tráfico de armas y la corrupción. El presidente del Celam, arzobispo hondureño Rodríguez Madariaga, y el jesuita brasileño Mendes de Almeida expresaban su deseo y propósito de intentar que una parte de esa deuda sea condonada y la otra parte al menos renegociada «puesto que algunos países han pagado ya unos intereses que acaban siendo más altos que la cantidad que adeudan». Para ello han tenido ya reuniones con el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Iberoamericano de Desarrollo y otras entidades financieras. Es cierto, como esos mismos obispos suramericanos admiten, que hay que luchar contra el azote de la «corrupción de los gobiernos que usaron mal dichos fondos, que iban destinados a mejorar la situación social de las poblaciones, en salud, educación y otros servicios». Y el cardenal norteamericano Mahoney explicaba que la condonación de la deuda se hacía más difícil porque «es triste ver que estos países recurren a sus recursos financieros para comprar armamentos, lo que grava aún más sobre estos países». También como parte de esta tarea que, por querer ser evangelizadora al estilo de Jesús de Nazaret, se fija en las necesidades de los hombres concretos, se hizo alusión a la falta de libertad en Cuba y el embargo que sobre ella pesa por parte de Estados Unidos.

La Iglesia de América

UNO de los más grandes y beneméritos teólogos de este siglo, Bultmann, solía decir que para orar y para predicar hay que tener en una mano la Biblia y en la otra el periódico. Una predicación que prescinde de los heridos y medio muertos tirados al

borde del camino nos señala acusadoramente la parábola del buen samaritano en la que el sacerdote, resguardado egoístamente en su aparente cercanía al Dios de su oración, deja que el malherido se desangre al margen de sus intereses y de su ruta.

El propósito de la Iglesia católica de América que, en torno al Obispo de Roma se reúne en Sínodo, es el de encontrarse «con Jesús, Cristo vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad». Confiesa la Iglesia a Cristo como camino de salvación que continúa a través de la evangelización. Este encuentro lleva a un proceso de conversión. Hay en la Iglesia de América un innegable despertar religioso y una reavivada solidaridad con los marginados. Pero no se ignoran las sombras del continente americano que constituyen también piedra de tropiezo para los cristianos: estilo de vida materialista, sincretismo religioso azuzado por la oferta tentadora de las sectas. Si esa conversión para ser real debe seguir el camino que siguió el propio Jesús, junto a los brotes positivos los documentos preparatorios catalogan también malas hierbas: iglesias polarizadas por tensiones ideológicas, ausencia de fe sólida, crisis de la familia (divorcios y creciente número de hijos nacidos fuera del matrimonio), supuestas apariciones y visiones, crisis de obediencia a las enseñanzas de la Iglesia.

Documentos modestos para una situación abrumadora

EL segundo documento «Instrumentum laboris», que ha incorporado algunas de las enmiendas presentadas al primer borrador y lo ha mejorado algo, busca con sinceridad la manera de anunciar a Jesucristo en la actual situación histórica del continente americano. Arranca del punto de donde ha arrancado todo seguimiento cristiano desde los primeros discípulos: el encuentro con Jesús el Señor, que no es,

como ya afirmaba Puebla, ni un líder, un revolucionario o un simple profeta ni tampoco un personaje atractivo del propio mundo interior y privado, sino el Señor de la Historia. Este encuentro comporta una inserción a fondo en las culturas. Destaca el «Instrumentum laboris» los valores del catolicismo latinoamericano popular y repasa algunos temas de compromiso actual con la justicia.

Pero los elementos positivos del documento no logran cancelar las hipotecas no pequeñas que, en nuestra opinión, pesan sobre él. Hemos mencionado con inevitable brevedad las gigantescas carencias del continente y la presencia de la Iglesia, que quiere ser generosa pero quizá acentúa mucho la cautela para no caer en «temporalismos». Esta inevitable ambivalencia en cierto modo afecta a la Iglesia, al Sínodo como institución y a los dos documentos preparatorios.

EL secretario general del Sínodo, el belga cardenal Schotte, recordaba en una conferencia de prensa, resueltamente escueta, que el sínodo es el momento más alto de la colegialidad episcopal. Aunque recordaba también que «no es un congreso político ni un parlamento democrático». Al convocar un Sínodo para tratar los problemas de la evangelización de América, se ha preferido el marco solemne de colegialidad «afectiva». Algunos quizás temerán que la grandeza del marco elegido pueda reducir la libertad de expresión y la eficacia del encuentro. Hay una larga tradición de reuniones de los episcopados del continente americano que, en comunión con el Obispo de Roma, han ido abordando las situaciones de aquellos países (Medellín, cuyo discurso de apertura pronunció Pablo VI en su viaje a Colombia, y las de Puebla y Santo Domingo). Eran reuniones deliberativas, cuyas conclusiones fueron presentadas y aprobadas por los Papas. De estas Conferencias Generales de carácter deliberativo se «asciende» a un Sínodo consultivo. El cardenal Lorscheider declaraba que una «parte muy importante de

los obispos del mundo quiere un Sínodo deliberativo que se convierta en una especie de Senado del Papa». Como no siempre es posible, por razones fácilmente comprensibles, la convocatoria frecuente de concilios, el Sínodo deliberativo sería una forma simplificada de Concilio. De hecho, en el primer documento no aparecía referencia alguna al ejercicio de la colegialidad episcopal o a las conferencias episcopales o al Celam. De las 78 citas que se recogen en ese documento, 39 corresponden a textos de Juan Pablo II, 6 a sus predecesores Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI, 8 a diversos organismos de la curia romana y 1 a las comisiones doctrinales de las conferencias episcopales de América (reunión en Guadalajara, México, a la que asistió el cardenal Ratzinger, en mayo de 1996). Como se ve, no se ha tenido en cuenta —y esto nos parece una carencia importante— el magisterio diverso y muy rico de las conferencias episcopales. En ese sentido, más que expresar la colegialidad de los episcopados reunidos con el Papa, el documento se encuadra más propiamente en el ejercicio del magisterio primacial del Papa.

HACE ya años, en la época del posconcilio, un animoso teólogo avisaba del peligro que corremos los cristianos y la Iglesia en general de que, al sentirnos pequeños y débiles ante la sociedad actual, busquemos a toda prisa un refugio en la mentalidad de gueto o de secta. Olvidamos que Dios es mucho más grande que nuestro corazón y más que la Iglesia. Y que, aunque la Iglesia tiene su fundamento en Cristo, en realidad Dios no está condicionado por la Iglesia para salvar a los hombres. Esta mayor acentuación del centro frente a lo periférico, de lo universal frente a lo local, anega no pocas parcelas del documento. Ante una riqueza de movimientos católicos e iniciativas plurales, algunos de ellos muy comprometidos y sellados en no pocos casos con la sangre del martirio, en el dintel de este sínodo el propósito de controlar posibles desvíos parecía haber prevalecido sobre la decisión de favorecer

iniciativas, aunque algunas puedan ir más lejos de lo inicialmente previsto. Así, quizá no se ha prestado gran atención a lo que el concilio llamaba «los signos de los tiempos». El análisis que se hace de los problemas económicos y sociales, quizá por un recurso insuficiente a las ciencias sociales, resulta vaporoso y de no especial calidad. No se mencionan —¿simple descuido, o un olvido programado?— realizaciones tan características como las Comunidades eclesiales de base y el Movimiento de la Tierra. América Latina tiene una Confederación de religiosos (la CLAR) con un compromiso decidido con los más pobres, que tampoco aparece mencionada en el documento. Si cita a los teólogos es para avisarles del peligro de desvío del magisterio de la Iglesia. La Teología de la liberación, que Juan Pablo II en carta a los obispos de Brasil reconocía como «no sólo oportuna, sino útil y necesaria» tampoco tiene cabida en el documento. Como tampoco lo han encontrado numerosos documentos importantes de la Iglesia de Latinoamérica o de América del Norte sobre justicia económica, reforma de bienestar social y otros muchos.

El desarrollo del Sínodo

EN conjunto han intervenido 215 delegados y 39 auditores. Después del 27 de noviembre el Sínodo comenzó la fase de los llamados «círculos menores» o discusión en pequeños grupos, los cuales presentaron propuestas que reelaboradas por un comité fueron aprobadas en número de 76 como «proposiciones». Permanecerán oficialmente bajo secreto hasta que el Papa presente un documento sobre ellas. El conjunto de las intervenciones ha resultado metodológicamente disperso —es ésta una deficiencia de procedimiento casi institucionalizada— y de diversa calidad. Aunque en el reglamento se indica que las intervenciones deben referirse al texto del «documento de trabajo» y se pide se citen los números a que se alude, afortunadamente no

son tan pocos los obispos que, cumplida esta formalidad como punto obligado de partida, presentan en el aula los problemas que realmente les afectan. Se ha insistido con mucha frecuencia, y en algunos casos con verdadera fuerza, en la denuncia de los problemas sociales ya enumerados más arriba (el «neoliberalismo» injusto y deshumanizado, la venta de armas, la diferencia Norte-Sur, las administraciones corruptas...). Se ha destacado mucho la importancia de los laicos en la evangelización. Y esto tiene su relevancia en un momento en el que la curia romana acaba de publicar un documento que ha recibido críticas, respetuosas pero claras, de no pocos obispos. Son pocos los que han abordado el tema de la mujer en la Iglesia si bien algunos lo han hecho con fraterna libertad de espíritu, afirmando que la mujer pertenece a esos grupos que la Iglesia hoy tiene discriminados (matrimonios fracasados, familias divididas, «abortistas»...), con quienes la Iglesia debería dialogar. Una religiosa, presidenta de la Leadership Conference of Women, la Hna. Mary Waskowiak, pedía que se separe más la ordenación sacramental de la competencia jurisdiccional de forma que las mujeres puedan participar activamente en las decisiones sobre las cuestiones de su competencia. Se ha presentado con fuerza la necesidad de respetar los caracteres indígenas porque el evangelio no puede estar vinculado a un cierto imperialismo europeo («muchos afroamericanos consideran todavía la Iglesia como una institución racista», decía Jacqueline E. Wilson, directora del Office of Black Catholics de Washington). En las cuestiones relativas a la familia se aprecia una clara diversidad de acentos. Mientras algunos obispos reiteran contundentemente las afirmaciones tradicionales, otros obispos piden que, por ejemplo, en el caso de los divorciados vueltos a casa, sean las propias conferencias episcopales quienes den las oportunas normas para la admisión de esas personas a los sacramentos, incluida la comunión. El General de los jesuitas pedía respeto a la libertad de investigación de los teólogos.

Otras intervenciones han propuesto reformas estructurales. Se debería crear un organismo que una las tres grandes conferencias episcopales de Canadá, Estados

Unidos y América Latina. Esta propuesta tiene su virtualidad y sus peligros. En el Sínodo se ha escuchado con claridad lo que monseñor Demetrio Valentini (obispo de Jales/Brasil) llamaba «la estrategia de los pequeños», los obispos de las conferencias episcopales pequeñas. Se puede apreciar el deseo de una colegialidad más efectiva.

En el campo del compromiso social, el arzobispo de Popayán ha sugerido que todos los sacerdotes, como preparación espiritual para el Gran Jubileo, se desprendan de la mitad de sus bienes para compartirlos con los necesitados.

SOBRE este Sínodo gravitaban muy fuertes problemas externos y no desdeñables dificultades internas. Las 76 Propositiones presentadas al Papa refuerzan la necesidad de un testimonio cristiano sólido, «en cuya cima se encuentra el martirio». Y refuerzan también el compromiso con la defensa de los derechos humanos y las heridas sociales ya mencionadas en los documentos preparatorios.

Las personas, las instituciones y la propia Iglesia solemos tender más hacia lo claro y seguro que hacia lo arriesgado, aunque sea prometedor. No hace muchos años, el cardenal Ratzinger decía que la Iglesia puede parecer a veces demasiado preocupada por sí misma y que la confesión del dios vivo no resplandece en ella y de ella.

Pero las reformas en la Iglesia suelen abrirse paso a través del dolor, que puede traducirse en persecuciones de fuera e incomprensiones de dentro. El verdadero patrimonio de la Iglesia no es la estabilidad, el brillo social o la protección de los poderosos sino... las Bienaventuranzas. Deseamos que este Sínodo sea un paso hacia ese horizonte.